

cia sensitiva es el camino que conduce al principio y fin de todas las cosas, á Dios. Eso teme, por esto alardea con tanto estruendo con las ciencias empíricas, y presume tanto de sabia, porque tiene que encubrir la carencia de la sabiduría legítima que ella de adrede repugna.



### CAPÍTULO III

La razón de ser de la antigua filosofía natural.

#### §. I.

¿La verdadera filosofía, se debe esperar del porvenir?

58. Los principios íntimos y activos de la actual perturbación moral, se hallan, según hemos visto, en el positivismo, en aquella filosofía que no autoriza sino lo que aprehenden los sentidos, que no reconoce otro principio ordenador de la vida que las consideraciones temporales, y que relega los bienes ideales al rango de medios auxiliares para el fomento de los intereses materiales. Esta observación aflige tanto más, cuanto que no se puede menos de conceder que tal modo de pensar se propaga con rapidez epidémica. "Esta nueva generación quiere gozar y hacerse valer en el mundo visible," dijo ENRIQUE HEINE en una carta á VARNHAGEN DE ENSE respecto á LASALLE; y en efecto, no data sólo desde ayer ó anteayer el que la generación que baja de las tablas, se horrorice de la frivolidad de la que sube á sustituirla en ellas. El materialismo semeja en su rápido progreso á la ola gigantesca que avanza rugiente hacia la roca puesta en medio de su cauce. Los cristianos contemplamos el porvenir tranquilos y confiados: ni nos extrañamos del fragor de la corriente, ni desconocemos la roca que la convertirá en burbujillas ligeras é impotentes.

Sin embargo, no hay período tan malo que no ofrezca algo bueno de donde el bien pueda arrancar. Al juzgar á los hombres y las épocas, la observación del predominio del mal no debe inducirnos en el error de desdeñar lo que hay de bueno, por escaso que sea. Entre los puntos de partida que en nuestros tiempos pueden tomarse para volver al camino recto, contamos el ansia de mayor profundidad, que se vuelve á despertar en los que se dedican á los

estudios científicos, como quiera que el meditar diligente y ordenadamente sobre la causa más profunda y última de las cosas, eso es filosofía. A la filosofía, en este sentido de la palabra, tienden todas las ciencias modernas, que hasta ahora se iban perdiendo en las apariencias y en la materia. "El movimiento filosófico, dice el catedrático WUNDT<sup>1</sup>, que principia por las ciencias especiales, es tal vez más importante que todo lo que acontece actualmente en el terreno de la filosofía profesional., y después de exponer este pensamiento con respecto á la Teología, á las ciencias sociales, á las investigaciones históricas, la filología y las matemáticas, prosigue así: "Pero no han sido menos invadidas por la filosofía aquellas ciencias que no há mucho distaban más que ninguna de ella, las mismas que, sin que yo lo supiera ni lo deseara, me llevaron á mí propio al campo de la filosofía: de las ciencias naturales hablo. ¿Cómo se hubieran asombrado veinte años ha, de tropezar con el problema del conocimiento en medio de una obra puramente física? ¿O cómo les hubiera parecido posible que un catedrático de física sintiera la necesidad de darse á sí y á sus discípulos cuenta de los principios lógicos de su ciencia en una lección especial? Con más ó menos claridad, se reconoce generalmente hoy día, que no basta en las ciencias naturales describir y combinar los fenómenos, sino que al fin se trata de arrancarles el misterio de su por qué... De esta manera se oyen preguntas filosóficas en todas las ramas de la ciencia, y el progreso de las investigaciones especiales ya ha dado á luz varios resultados de gran importancia especulativa, piedras de sillera para la construcción de un sistema cósmico, que por fin será oficio de la filosofía poner en orden y juntarlas., Todavía no puede decirse que este espíritu filosófico sea una corriente que domine el mundo, pero es el principio de mayor recogimiento interior, que si no falta la sincera voluntad, puede facilitar á nuestro misero y extraviado tiempo la vuelta á la senda despreciada de la verdad única.

59. Oyése á menudo que en el estado actual de las ciencias aún no debe esperarse ningún esclarecimiento satisfactorio de las cuestiones que suscitan, sino que habrá que aguardar todavía algún tiempo con paciencia. ¿Y por qué? Mientras las ciencias experimentales no hayan llegado á su perfecto desarrollo, dicen, no debe hablarse de la filosofía, hija del porvenir. No queremos negar que esta receta de medicina futura tiene cierta apariencia de razonable desde el punto de vista de la filosofía empírica. Pero la sana razón la rechaza con decisión. Basta tener presente que la filosofía debe salir del mundo fenomenal y discutir hechos inacce-

<sup>1</sup> En el discurso inaugural de 31 de Octubre de 1874. Leipzig, Engelmann.

sibles á la experiencia directa, cuales son la realidad de la substancia, la indivisibilidad del alma humana, la existencia de la justicia distributiva y otros, para que no se vislumbre siquiera la razón por qué la filosofía verdadera haya de salir del seno del porvenir, y deba aguardar á que las ciencias experimentales hayan terminado su desarrollo; ni se entiende por qué la filosofía necesite para llegar á la profundidad que su cometido exige, de una base tan ancha y elaborada con tanto lujo como los empiristas presumen; y menos aún se comprende de qué manera la solución de las cuestiones filosóficas capitales, como la de la existencia de un Dios distinto del mundo, la inmaterialidad del alma, la creación del universo, hayan de depender del desenvolvimiento completo de la empirie, ni que la deficiencia de la física, de la química y de la fisiología tenga la culpa del tohuwabohu grotesco en cuyo remolino los filósofos se devoran mutuamente como los infusorios en una gota de agua descompuesta.

Ni siquiera para el descubrimiento de las leyes naturales ha sido preciso profundizar y ensanchar tanto la observación y el experimento, aunque son necesarios para este resultado. "La inteligencia científica., dice TYNDALL<sup>1</sup>, "se parece á una lámpara que no arde ni alumbra antes de encenderse la mecha de la observación y del experimento. Pero la luz que irradia del foco luminoso, puede, gracias á la virtud innata del espíritu, superar millones de veces el poder lumínico de la mecha de donde salió. Puede afirmarse, en efecto, que ambas luces están en proporción incommensurable, pues unos cuantos hechos insignificantes y aislados bastan para que el espíritu que impresionan, conciba principios de aplicación y extensión inmensas., El Dr. PFEIFFER recuerda en su excelente trabajo sobre "las relaciones armónicas entre la escolástica y las ciencias naturales.,<sup>2</sup> que la exactitud de esta confesión es comprobada por la historia de las ciencias, y particularmente de las naturales. "En la mente de los descubridores geniales de verdades nuevas y fundamentales, en la mente de los ARQUÍMEDES, GALILEO, NEWTON y HUYGENS, las primeras ideas de sus celeberrimas revelaciones científicas nacieron á la vista de fenómenos aislados y muy comunes., Y con razón añade: "No sólo en los corifeos ingeniosos de las ciencias naturales, sino también en los de la filosofía, observamos que ni la cantidad ni la calidad de los hechos examinados, sino la penetración y sagacidad con que se definen y aprovechan, son las propiedades decisivas cuando se trata de hallar las verdades fundamentales. Esto especial-

<sup>1</sup> *La luz (Das Licht, Sechs Vorlesungen)*. Trad. por Wiedemann. Brunswick, 1876, p. 136.

<sup>2</sup> Augsburg, 1887, p. 39.

mente debe decirse, en punto á la filosofía, respecto del principio de la escolástica tomista. El estado imperfecto del saber empírico de aquella época, comparado con los vastos conocimientos de la moderna, no ha impedido á sus pensadores reconocer y aplicar los principios capitales de la especulación. Los hechos experimentales de los que el entendimiento humano parte para apoderarse de aquellas verdades fundamentales con suficiente seguridad, son bastante conocidos de la humanidad desde hace millares de años. Ni el telescopio ni el microscopio arrojarán más luz sobre la cuestión de si hay un Dios ó no. Que el mundo ha sido creado por Dios, no se averigua en la retorta del químico. Para aprender si el principio que anima al cuerpo humano, sobrevive á la muerte de éste, si le sobrevive como substancia ó, según la ocurrencia genial de Howe, como "haz de ideas,, no he de esperar á que el anatómico haya diseccionado cada músculo, á que el fisiólogo haya examinado cada nervio, ni á que el "psicólogo fenomenal,, tenga clara y completamente establecidas las leyes que dice rigen la asociación de ideas, el desarrollo de opiniones y convicciones y la germinación y crecimiento de la alegría y del amor.,

No por eso decimos que para la suerte futura de la filosofía sea indiferente el desarrollo próspero de las ciencias empíricas especiales; pues ahora mismo vemos que el espíritu humano, nuevamente persuadido de que las cuestiones que ningún hombre pensador deja de plantear, no hallan solución en el laboratorio, con más ansioso afán vuelve á la especulación. Sin embargo, esto sería poco. Es de esperar además que la multitud de conocimientos empíricos ofrecerá las más valiosas ilustraciones de las verdades halladas por la mera meditación filosófica <sup>1</sup>.

En particular la filosofía física, entendida como aprovechamiento más exacto y explicación más profunda de los hechos naturales, podrá alcanzar un grado de perfección como los tiempos pasados no lo han conocido.

<sup>1</sup> No vacilamos en subscribir aserciones como ésta, que es de Lotz: «Ni aun para las disquisiciones que desamos se lleven adelante sobre el conjunto del mundo, el concepto de su ordenación y el verdadero ser, esas investigaciones, limitadas por entones á los fenómenos, han sido infecundas. Debemos, por el contrario, á la investigación empírica y á su interpretación matemática, las únicas ideas exactas de la magnitud y organización del universo, sobre el nexo de causas y efectos que en él se realiza, sobre el círculo cerrado de fenómenos reales que mutuamente se compensan y equilibran: hechos aún no interpretados por cierto, pero hechos indudables, cuyo conocimiento ha dado á la filosofía, para la explicación del orden universal, una base absolutamente distinta de la que pudo abstrair en la antigüedad de sus propias suposiciones sobre la esencia necesaria y el ser verdadero. No es todo saber los hechos, pero mucho es» (*Miscelaneos*, 2.<sup>a</sup> edic., t. III, p. 228.)

Pero no menos motivada que este reconocimiento del valor de la empirie es la esperanza que el autor expresa al terminar su sistema de lógica, de que la filosofía alemana con más moderación y reserva, aunque con igual entusiasmo, vuelva siempre á ensayar el comprender el curso del mundo, y no sólo el calcularlo. (*System der Philosophie*, t. 1. Leipzig, Hirzel, 1874.)

Puede, pues, existir la verdadera filosofía á pesar del deficiente desarrollo de las ciencias experimentales; ¿pero existe en realidad?

## §. II

### Ojeada retrospectiva.

60. Desde que el infausto cisma protestante destruyó la unidad de las naciones occidentales y allanó al vulgo ilustrado el camino para la frivolidad empírica en los círculos alejados del terreno firme que sostenía las generaciones de los tiempos pasados, los hombres de sentimientos nobles y pensamientos elevados han protestado ya varias veces contra el progreso incesante del materialismo y la sensualidad que domina en los trabajos intelectuales. Aquí no hemos de mencionar más que aquel ensayo de reacción que, partiendo del pensamiento humano, originó la filosofía idealista moderna en frente de la tendencia realista de la filosofía empírica. Nació esta filosofía idealista en la cabeza del francés RENATO DESCARTES, pero trasplantado su germen, primero á los Países Bajos, y luego á Alemania, se enseñoreó de las clases que beben el saber en las Universidades, y por fin se desarrolló como elemento de la vida humana.

En Alemania encendió esa filosofía su lumbrera mayor en la frente de MANUEL KANT.

El problema propuesto era claro y determinado; tratábase de reconquistar y devolver á las verdades trascendentales el valor objetivo de que habían sido despojadas. Veamos de qué manera el pensador regiomontano ha desempeñado esa idea.

Después de aseverar que la idea que le guía, es poner fin á las tentativas inseguras en la metafísica, ¿qué hace? Pues hace salir todo lo objetivo meramente de las condiciones del sujeto, es decir, despoja nuestros conocimientos de todo contenido real, é instala el subjetivismo protestante en la filosofía. Así pues, como KANT hizo lo contrario de lo que le incumbía hacer, el resultado que alcanzó, tal como está delante de nuestros ojos, es directamente opuesto al que apetecía. ¿Acaso han sido jamás tan generales dichas "tentativas,, en la historia del pensamiento humano como en las filosofías que se inspiraron de un siglo acá en el pensamiento capital de KANT? Creemos que podemos contar con la anuencia del lector para dispensarnos de la desconsoladora tarea de escribir el catálogo de todos los catedráticos y pensadores que en todas partes se ponen mutuamente en berlina haciéndose competencia inaudita con el encomio de sus propios géneros filosóficos como

únicos legítimos y verdaderos. En cuanto pasan del empirismo, cada uno ofrece una especialidad de monismo ó deísmo, ó otra mercancía de su propia casa; y cuando aun fuera de la síntesis católica alguien rompe una lanza por el teísmo, se porta con tan poca maestría, que causa lástima al espectador que ve á la verdad salir tan mal librada de sus torpes manos. Tal es el período actual. ¿Quién, pues, nos querrá censurar, por que huyendo por un momento del tiempo presente, tan mal aconsejado, nos permitimos hacer una excursión reaccionaria á lo pasado? Si la verdad fuera hija del tiempo, según afirmó BACON, y como el eco repetido por muchas voces lo ha aprobado, sería cierto irracional toda mirada dirigida atrás en busca de mejor consejo. Pero la verdad no nace del tiempo, sino es hija noble de estirpe eterna é inmutable. Mucho podemos aprender aún de los tiempos que han sido, ya que los varones que en ellos vivieron, no se dejaron en su trabajo intelectual distraer tanto por la observación y definición del mundo intrincado de los fenómenos; y la estima y admiración que tributamos justamente á todos los adelantos que en el transcurso de los tiempos se han conseguido, son bien compatibles con el aprecio de las grandes verdades encontradas por los maestros de la antigüedad.

61. Por lo demás, no estamos solos con este pensamiento de reconcentrarnos hacia atrás, según una frase militar muy gráfica. De día en día ha ganado más terreno el pensamiento de buscar una filosofía para el porvenir, volviendo sobre ideas de antiguo abuelo. Pero si nos regocija esta idea, es de sentir también que esta especie de reaccionarios no haya encontrado hasta ahora el valor de romper el cerco hechizado que los tiene aprisionados. Como por un exorcista que expulsa un espíritu maligno, así claman por KANT, ó sea por aquel mismo cuyos conjuros han erigido y fortificado la valla que los encierra. "Como un ejército derrotado busca una plaza fuerte," dice P. A. LANGE <sup>1</sup>, donde espera poder reunir y ordenar sus batallones dispersos, así se oía—diez años há—en todos los círculos filosóficos como consigna del día: ¡Volvamos á KANT!... aunque hasta los últimos años nadie ha tomado á pecho eso de volver á KANT. ¿No lo han tomado á pecho? Pero, ¿qué bien se espera de esa retirada? Por lo que claman es, según eso, por el criticismo, el cual, aun dejando á un lado los delirios entretreídos por docenas en la trama de este sistema, rechaza á los que navegan con peligro de anegarse sin piedad, de la playa hospitalaria de la realidad para que se hundan en el abismo del escepticismo filosófico, cuanto más hondo tanto más horroroso. La salvación nos ha de venir, según eso, de aquella filosofía que no nos deja nada

<sup>1</sup> Historia del Materialismo (Geschichte des Materialismus), t. II, pág. 1.

sino la misteriosa incógnita de la realidad, en cuyo derredor giran en loca danza los ensueños subjetivos, de suerte que podemos cuando más dar con la cabeza en la dura realidad, como el pez en la redoma, que da vueltas sin cesar á las paredes y en el fondo de su cárcel cristalina. Alargan la mano para asirse de esa filosofía, que es el mal mismo que padecen, aspecto que nos causaría risa si el asunto no fuese tan serio; pues la filosofía alemana contemporánea no se parece poco en sus esfuerzos de replegarse hácia su progenitor KANT—*si parva licet componere magnis*—al gatito que se descoyunta por morder el propio rabo. ¡Bonita manera de replegarse!

62. La necesidad de retroceder está probada hasta la evidencia por el hecho de que con cada paso que se adelanta en el camino de la especulación kantiana, aumenta la dispersión y la discordia. Pero si de algo ha de servirnos el retroceder, deberemos retroceder hasta que nuestros piés descansan sobre terreno firme, hasta que demos con una filosofía que no adolezca de los defectos esenciales que padecen las filosofías del día. Ea, pues; alentémonos á mirar por encima de la gran valla divisoria de los tiempos presentes y pasados, no con la intención de desmenuzar las obras de un autor con el bisturí de la crítica literaria, ó de poner en solfa tal ó cual aserto que haga reír á los estudiantes de historia natural, trabajo muy fácil, sino preguntándonos si la filosofía de la antigüedad católica no será tal vez en sus partes esenciales la única verdadera aun para el porvenir. Esta filosofía tiene el privilegio de ser la única que los sabios de todas las tendencias anatematizan, y que los sacerdotes de la ciencia libre no toleran en su recinto sagrado. Esta circunstancia merece, en nuestro juicio, la consideración más seria de todo hombre pensador, puesto que solo el error sufre al error en su compañía, mientras que la verdad ocupa un lugar á ella sola reservado <sup>1</sup>.

Podemos atrevernos á volver á los tiempos ante-kantianos, con tanta mayor confianza, cuanto que no han faltado ensayos muy respetables de tal retroceso, sin que por su carácter reaccio-

<sup>1</sup> Hace ya algunos años, el P. José Kleutgen presentó la *Filosofía de la Antigüedad* al público alemán en el que se puede suponer cierta ilustración teológica (Edición segunda, Innsbruck, Ranz 1873). El P. Kleutgen se había propuesto el modesto fin de enseñar cómo algunos errores modernos son refutados por la Filosofía de antaño; pero entre tanto, bosquejó los contornos más salientes del edificio lógico de la antigua escuela. Esta obra, que fue reconocida como muy valiosa cuando salió á luz, y hasta se creyó que haría época por diversos varones no cegados por las preocupaciones contra todo lo católico—*viri: nantes in gurgite vasto*—fue una palabra pronunciada contra el viento que corría.—Extraño método! Mientras que se deja, á cada carretero filosófico según frase de Schiller, descargar ruidosamente su sistema, no se concede por un momento la palabra á la filosofía antigua, sin contradicción la más grandiosa y uniforme de todas las conocidas en la historia.

nario hayan incurrido en los anatemas que se suelen lanzar sobre los procedimientos faltos de método y saber. Para recordar sólo á ADOLFO TRENDELENBURG, este sabio dice: "Es prevención común de los alemanes, que cada filósofo tenga que empezar por mano propia á establecer un principio exclusivamente suyo, y un espejo tallado por una fórmula especial para interceptar la imagen del mundo. Esto hace que nuestra filosofía padezca de falsa originalidad, que se valga hasta de la paradoja; aspirando en todo á la peculiaridad individual, va perdiendo en consistencia, grandeza y unidad." Y luego prosigue: "Debemos librarnos de la prevención alemana de que sea menester formular un principio nuevo en qué basar la filosofía del porvenir. El principio está hallado: está en la filosofía orgánica fundada por PLATÓN y ARISTÓTELES y continuada por sus sucesores, y que deberá irse perfeccionando y acabando á medida que se examinen más profundamente sus conceptos fundamentales y sus diferentes aspectos, en relación recíproca y constante con las ciencias reales".

La filosofía de la antigüedad católica no es otra en sus principios y tendencias que la fundada por SÓCRATES y desarrollada por PLATÓN y ARISTÓTELES, la que en los tiempos antecristianos era ya estimada como la más insigne, y luego desplegó llenas sus flores á la luz de la revelación cristiana, siendo como el tronco del trabajo intelectual prestado por las clases más inteligentes y más serenas de la humanidad.

63. Si nos ocupamos en esta filosofía, no es para preguntarle de qué modo hayamos de explicar este ó aquel aislado fenómeno natural, ni qué razones especiales expliquen este ó aquel hecho interesante. Por curiosas que sean tales cuestiones, tenemos que dejar á otros que hagan constar el provecho que las diferentes ramas especiales del saber natural han sacado de la ciencia antigua, más á menudo desdeñada en este concepto que colmada de encomios exagerados, sin que la filosofía tenga interés alguno en rectificar el aprecio que respecto de este punto se ha hecho de ella. En lo que nosotros tenemos que fijar la vista, es en la manera como aquella ciencia ha procedido al investigar las causas y al hacer resaltar los principios en la esencia de las cosas naturales: desde este punto de vista (el más importante y el único decisivo) afirmamos que la antigua filosofía ha dado la única solución sostenible para todos los tiempos habidos y por haber, solución que resiste á todo progreso con igual tenacidad que la tabla ó el teorema de Pitágoras; afirmamos también que

1 Disquisiciones lógicas (*Logische Untersuchungen*), prefacio de la edic. 2.<sup>a</sup>, p. IX.

ha indicado la verdadera solución en las demás cuestiones profundas, sin poner trabas al espíritu investigador que quiera ahondar en algunas más oscuras que las otras. Así, sostenemos que todo examen sincero, cualesquiera que sean los rodeos y errores por donde se extravié durante algún tiempo, debe llegar en las cuestiones fundamentales del saber á los resultados obtenidos por la antigüedad cristiana, igualmente que el colegial, por mucho que se devane los sesos, no hallará ningún resultado exacto que sea distinto del que sus compañeros averiguaron antes que él. Sostenemos además que el interés de la ciencia exige que se tome en debida cuenta la solución recomendada por la filosofía peripatética en toda cuestión importante, y más en estos tiempos en que sabios de primera talla han confesado llanamente que no hay ciencia posible sin contradicciones, ó bien, con palabras escueltas, que la ciencia ha hecho bancarrota.

La filosofía antigua no es, según lo que llevamos dicho, de ningún modo una momia que se deba desenterrar, ni tampoco el remate acabado de toda ciencia. Es el fundamento sobre el cual se debe seguir trabajando; es la semilla que debe germinar. Y no sólo eso: en todas aquellas cuestiones que están en la superficie de la naturaleza, y piden ser ilustradas, sobre la acción de las fuerzas físicas, las nociones de los antiguos eran, en parte muy deficientes, en parte erróneas. ¿Ni cómo había de ser de otra manera, cuando escribieron en una época que no conocía sino las primeras tentativas de las observaciones y métodos que en numero tan inmenso están á disposición nuestra; que tenía los más deficientes auxilios en lugar de nuestros instrumentos físicos, y ni soñaba siquiera con las análisis químicas y las mediciones y ponderaciones exactas que nosotros ejecutamos? No era posible evitar que la carencia de conocimientos exactos de la naturaleza arrojase su sombra aun sobre las cuestiones meramente filosóficas. Inundar de luz las verdades fundamentales hace tiempo conocidas en la ciencia católica con la riqueza de los detalles recién adquiridos; someter lo material, hasta ahora cultivado con tanta diligencia y grandeza, á la acción de lo espiritual: esta es la tarea grande reservada al porvenir. Dejemos que los hombres de ahora meneen la cabeza y se sonrían. El tiempo, afortunadamente sujeto á ningún accidente, y otro vendrá que tome á su cargo esta honrosa cuanto fecunda tarea.

Nosotros nos hemos propuesto sacar de la sombra á la filosofía aristotélica, examinando con su criterio los diferentes problemas fundamentales que actualmente ocupan á los sabios de todos los países. Preciso es, pues, que echemos con el lector una ojeada rápida sobre las doctrinas de aquella antigua filosofía física.

Mas ¿cómo hemos de aproximarnos siquiera á esa ciencia antigua á través de las opiniones del siglo XIX, que erigen prevenciones cual montañas entre nosotros y la antigüedad? Pues bien: intentemos primero subir esta montaña por el punto más accesible para contemplar con una mirada preliminar la comarca que á su otro lado se extiende.

### §. III.

¿Es cierto que la filosofía peripatética esté reñida con las ciencias empíricas?

64. La razón por que la ciencia moderna desprecia de antemano como inútil á la filosofía antigua, es ocuparse esta, dicen, con especulaciones *a priori* sin conceder el debido valor á la observación y definición de los hechos. SCHOPENHAUER no creyó poder increpar más duramente á los naturalistas preocupados y micrológicos que tienen el alambique y la retorta por fuentes únicas y verdaderas de toda ciencia, que diciéndoles que "yerran tanto como sus antipodas de marras, los escolásticos. Así como estos, enredados en sus conceptos abstractos, *se batian* con estos sin conocer ni examinar nada fuera de ellos, aquellos, aprisionados en su red empírica, no dan valor á nada que no vean sus ojos, creyendo penetrar con ellos hasta el fondo de las cosas".

En igual sentido dice B. JOHN TINDALL: "Los varones de la Edad Media se esforzaban por un lado á desenvolver sacando de su propia conciencia las leyes del universo, mientras que por el otro muchos de ellos estaban de tal suerte consagrados á contemplar el mundo futuro, que con soberano menosprecio miraban las cosas que pertenecen á este,". En la última parte de esta frase podemos reconocer á lo menos una verdad á medias, en cuanto que no sólo todo cristiano, sino todo hombre que anhela ser algo más que un bruto, debe preferir los bienes del espíritu al bienestar de su naturaleza física. Mas aquí nos interesa sólo hacer constar la primera parte de la cita transcrita, para ilustrar la opinión que hoy día los más de los sabios tienen acerca de la filosofía antigua en el concepto que estudiamos.

En esta opinión no podemos nosotros ver más que una preocupación que radica la ignorancia total de lo que en él se juzga. Para convencerse de que los sabios de la antigua escuela

<sup>1</sup> El mundo como voluntad y representación (*Weltals Wille und Vorstellung*), t. 2, p. 195.

<sup>2</sup> La luz, (*Das Licht, Vorlesungen*, Braunschweig) 1876, p. 14.

cuela no estaban dados á un apriorismo exclusivo, baste recordar que la filosofía de la Edad Media era la continuación de la peripatética, sin que creamos preciso alegar muchas pruebas para demostrar este aserto, pues uno de los cargos que la ciencia moderna hace con predilección á la antigua, es la de que haya creído á ciegas en las enseñanzas de ARISTÓTELES. Ahora, si es verdad que el Estagirita se movía dentro de la dialéctica socrático-platónica, dejándonos en sus escritos ejemplos perfectísimos de demostraciones efectuadas con precisión y severidad admirables, hace por otra parte gala de verdadera maestría en la observación exacta de los hechos, y da testimonio de un afán constante por hallar su explicación física, lo cual había sido ajeno no sólo de SÓCRATES sino también de PLATÓN.

Aunque según la opinión de ARISTÓTELES, todo saber verdadero se refiere á la esencia de las cosas, ó bien á lo universal y permanente en los objetos individuales, y á las causas de la realidad, como ya lo había enseñado su maestro, ARISTÓTELES no se cansa de repetir que no se puede conocer lo universal sino por medio de lo particular; que la esencia no se infiere sino de los fenómenos, ni la causa se deduce sino de los efectos, y que de consiguiente la experiencia y la observación de los hechos debe ser el punto de partida de toda filosofía, rechazando siempre por principio todo argumento que no esté basado en el estudio de la realidad. "Tal argumentación, dice una vez, peca de vaga, y no prueba nada. Ineficaces son las razones que no descansan en la naturaleza peculiar de las cosas, pues explican las cosas al parecer, no en realidad".

Que este es, en efecto, el carácter de ARISTÓTELES, no es dudoso, sino está reconocido por cierto en todas partes. JORGE ENRIQUE LEWIS autor no sospechoso por cierto en esta materia, dice respecto de esto: "ARISTÓTELES puede llamarse con razón padre de la filosofía inductiva, puesto que él formuló el primero sus principios y los formuló tan precisa y cabalmente que ni aún Bacon le superó... Por oposición directa á PLATÓN, que negaba la autoridad de los sentidos y buscaba la raíz de todo conocimiento en la contemplación espiritual, ARISTÓTELES asentó la base de su especulación en las percepciones sensitivas... Fióbase de la experiencia y de la inducción, tomando de la una los hechos particulares, y buscando con la

<sup>1</sup> Cf. Schneid, *Aristoteles y la Escolástica*. (*Aristoteles in der Scholastik*), Eichstätt 1875, Introducción.

<sup>2</sup> Cf. sobre esto Zeller: *La filosofía de los Griegos*. (*Die Philosophie der Griechen*); segunda parte, sección segunda; Edición tercera. Leipzig, 1873, p. 170.

<sup>3</sup> L. c., p. 161.

<sup>4</sup> De la generación de los animales. L. 2, cap. 8. 747b.

ayuda de estos el camino para los universales ó las leyes <sup>1</sup>. Es imposible pensar sin las percepciones de los sentidos <sup>2</sup>. Mientras que PLATÓN creía que las decepciones que padecen los sentidos, justifican la duda en todos los conocimientos que dimanen de ellos, su gran discípulo enseñaba más razonablemente, que el error no proviene de que los sentidos sean mediadores falsos, sino de que nosotros interpretamos mal su testimonio. Convinendo con Platón en que la ciencia no tiene que ver sino con lo universal, sostiene que esto no se consigue sino mediante la experiencia... "Parece natural, dice ARISTÓTELES, que empecemos por notar los fenómenos en cada especie, y luego averigüemos sus causas <sup>3</sup>.". Censura á los que defienden cierta hipótesis astronómica, porque no fijan sus pensamientos en los fenómenos para descubrir las causas, sino tratan de poner los fenómenos en consonancia con sus opiniones <sup>4</sup>. "La razón de que los platónicos no acierten con la verdad sino en tan corto grado, está en su falta de experiencia: por esta razón los que se ocupan más en la observación de los hechos que les presenta la naturaleza, tienen más aptitud para establecer principios que estén en perfecta armonía y encadenamiento extenso; los otros, al contrario, que no suelen inducir la verdad de la consideración de muchas cosas, están siempre prontos para hacer asertos de todo género, porque no tienen intuición sino de pocas <sup>5</sup>.."

..... Cuando señala el camino por donde debemos llegar á verdades universales, se expresa con una precisión que no ha sido superada por ningún autor moderno.

"No debemos, dice, afirmar nada argumentando sólo con principios generales, sino fundémoslos siempre en hechos determinados y perceptibles por los sentidos, pues á causa de ellos buscamos los principios universales, y á ellos debemos acomodarlos, según nosotros entendemos <sup>6</sup>..... El título más noble de ARISTÓTELES es el de padre del método inductivo. Él fué el primero que hizo á los hombres advertir la importancia preponderante de los hechos, y les enseñó á buscar la explicación de los fenómenos por un método objetivo.."

Esta doctrina genuinamente aristotélica de la necesidad de la experiencia é inducción, ha sido adoptada y proclamada en las es-

<sup>1</sup> Ἐμπειροῦ γὰρ ἀπὸ τῶν καθέκαστα ἐπὶ τὰ καθόλου ἔρχομαι. *Topic.* l. 1. c. 12. Véase también *Anal. post.* l. 1. c. 31. *Hist. anim.* l. 1. c. 6.

<sup>2</sup> Οὐδὲ νοεῖ ὁ νοῦς τὰ ἐκτός ἢ μὲν ἀσθητικῶς ὄντα. *De sensu* c. 6, 445. *De anima* l. 3. c. 8, p. 432.

<sup>3</sup> *De part. anim.* l. 1. c. 1, p. 640.

<sup>4</sup> *De coelo.* l. 2. cap. 12, p. 293.

<sup>5</sup> *De gener. et corrupt.* l. 1. cap. 2, p. 316.

<sup>6</sup> *De animal. mot.* c. 1, p. 693 a. 12.

<sup>7</sup> ARISTOTE: *A Chapter from the History of the Science.* London. 6. Ch.

cuelas por la filosofía de los siglos posteriores. Este es un hecho también universalmente admitido. El Beato ALBERTO MAGNO á quien sus contemporáneos ponían el mote de "mono de ARISTÓTELES", insiste con gran energía sobre la importancia de la experiencia en las cuestiones físicas, protestando que no enseña sino lo que él mismo había experimentado ó oído de otros que podían alegar experiencias propias á favor de sus aseveraciones <sup>1</sup>. Y precisamente porque se miraba á ARISTÓTELES como el observador más exacto y el más diligente experimentador, se le consultaba sobre la explicación que se hubiera de dar á los hechos naturales. ALBERTO dice en su introducción á la física: "Mi intención, tocante á la ciencia natural, es acceder como pueda á los ruegos de mis compañeros de orden, que desde hace algunos años me instan á que les escriba un libro sobre la naturaleza, en el que posean una vez completa la ciencia natural, y que les sirva al mismo tiempo para entender bien las obras de ARISTÓTELES <sup>2</sup>. Dar á conocer á alguien las doctrinas físicas de ARISTÓTELES, valía, por consiguiente, para aquellos varones tanto como introducirle en el conocimiento de la naturaleza misma.

Más ¿satisfará la teoría inductiva de ARISTÓTELES las exigencias severas de la ciencia moderna? Aparte de que las observaciones hacederas en los tiempos del Estagirita no disponían sino de una parte mínima de la profusión de medios que maneja la física de hoy, ZELLER descubre una laguna grave en la *esencia* de la doctrina aristotélica. "Según ARISTÓTELES, dice, la inducción ha de consistir en que se deduzca de *todos* los casos particulares de una clase determinada una proposición que enuncie como ley universal lo que haya acaecido en aquellos casos todos. Pero en verdad, consiste en que tal proposición se derive de los casos conocidos del investigador: tratándose, pues, del principio de la conclusión

<sup>1</sup> *Eorum autem, quas ponemus, rerum quasdam quidem ipsi nos experimento probavimus, quasdam autem referimus ex dictis eorum, quos comperimus non de facili aliqua dicere, nisi probata per experimentum. Experimentum enim solum certificat in talibus, eo quod de tam particularibus syllogismus haberi non potest.* *Opp.* l. 5. 430 a, citado por el Baron v. HERZLINO, ALBERTUS MAGNUS, Koeln 1880, p. 37.

<sup>2</sup> "Aunque juzgo inferiores mis fuerzas á tamaña obra, prosigue Alberto, no he podido resistir más á las instancias de mis hermanos, y he prometido y comenzado al fin el trabajo que tantas veces había rehusado, ante todo en honor de Dios Todopoderoso, lucante de la sabiduría, ordenador y rector de la naturaleza; después, para utilidad de mis hermanos y por todos los que por la lectura de este libro quisieran adquirir algún conocimiento de la naturaleza. Procederé, pues, de manera, que siga el sistema y la doctrina de Aristóteles, y diga para explicarla lo que me parezca necesario.. Además haré alguna digresión para aclarar las dudas que ocurran, suplir las lagunas y deficiencias que en algunos lugares han hecho ininteligible la opinión del filósofo á sus lectores..... De este modo redactaré tantos libros por su nombre y número como Aristóteles escribió, y de cuando en cuando añadiré partes de escritos incompletos, y otros que han sido omitidos, bien porque no los compuso Aristóteles, bien porque si los escribió, no han llegado á nosotros."

inductiva, la cuestión capital es saber qué razón nos autoriza para juzgar de todos los casos homogéneos por aquellos que han llegado á nuestra noticia. No se puede censurar á ARISTÓTELES por no haber planteado este problema, puesto que ninguno de sus sucesores, hasta STUART MILL, lo formuló con precisión, y ni este siquiera ha sabido resolverlo, sino de manera muy deficiente y contradictoria <sup>1</sup>.

¿Qué hemos de responder á tales aseveraciones? Verdad es que STUART MILL ha planteado con gran exactitud el problema aludido; lo es también que no ha encontrado solución que satisfaga al filósofo menos exigente; á más de esto, pudiera haber añadido ZELLER, que hasta el día presente, ningún sabio, fuera de la escuela peripatética, ha sabido qué contestar á esta pregunta, cuya importancia es trascendental para todas las ciencias naturales. Pero ¿es cierto que antes de STUART MILL nadie ha planteado este problema con precisión? Apenas nos fijamos de nuestros ojos cuando leímos semejante aserto en la *Historia de la Filosofía griega*, cuyo autor es el Sr. Zeller. Que á hombres de la nombradía de Zeller pueda ocurrir tal descuido, es cosa que servirá de gran consuelo á todos los jóvenes cursantes de lógica aristotélica que leyeren este *effatum* de Zeller. Como la cuestión pertenece á la jurisdicción de la Lógica, remitimos al respetable filósofo é historiador á cualquier libro de texto de esta asignatura <sup>2</sup>.

Concedemos que Aristóteles pecó de superficial al manejar la inducción, desestimando el valor de la comprobación experimental que los resultados de la observación somera necesitan, por lo cual sucedió que los hechos que tan penosamente reunió, no fuesen examinados con la necesaria exactitud. Pero no vemos en este proceder ninguna falta esencial, sino más bien un defecto que disculpa el estado en que la ciencia antigua se hallaba. «La impaciencia innata del espíritu, dice Lewes <sup>3</sup>, desdeña aquella energía de la abnegación científica, que se resigna á desechar todos los hechos y renunciar á todas las conclusiones no compro-

<sup>1</sup> *Filosofía de los Griegos. (Philosophie der Griechen.)* II, 2, p. 245 de la edic. 3.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> Tomemos el primer autor que hallamos á mano. En la disertación 36.<sup>a</sup> sobre la inducción, que se encuentra en la obra *Philosophia mentalis et sensuum* (Roma, 1792) del Cardenal Philomeno, se leen los párrafos siguientes: *Inductio non petit præterea apprehensionem omnium omnino singularium, sed tantummodo plurimorum, nihilominus legitimus modus est indagandi evidentem primam principia (n. 70)... Maxima difficultas est circa inductionem physicam, quomodo sit illa legitima modis evidentem colligendi et cognoscendi naturam rerum. Defendendus tamen est tamquam omnino legitimus: aliter omnes scientiæ humanæ essent mera systemata (systemata se llamaban entonces las hipótesis) exceptis ad summum arithmetica (n. 75).*

Después de formular la cuestión con tal precisión, el autor dá una contestación profunda y muy satisfactoria que no copiamos á causa de su prolijidad.

<sup>3</sup> *Aristóteles*, p. 115.

badas por el experimento, y más aún en una época que no conocía los medios de verificar esta comprobación.

65. Ciertamente es que en la adhesión de los sabios de la Edad Media á las afirmaciones aristotélicas se reveló de alguna manera la timidez y mezquindad del entendimiento humano. Pero no lo es que hayan cometido faltas de importancia esencial.

El imponente tesoro de observaciones particulares, acumulado por el Estagirita, deslumbró de tal modo el espíritu de los pensadores de la Edad Media, que aceptaban como moneda corriente cuanto ARISTÓTELES dió en sus escritos por observado y explicado. No queremos conostrar esta falta; pero debemos recordar que á la plena luz de nuestro siglo ha habido sabio que de igual manera exageró las alabanzas al Estagirita. «En ARISTÓTELES, dice CUVIER, todo asombra, todo es admirable, todo es colosal. Con no vivir más que sesenta y dos años, ha podido hacer millares de observaciones por demás delicadas, y tan exactas, que la más severa crítica no podría desvirtuarlas. <sup>4</sup> «Las ciencias naturales, dice BLAINVILLE, son las que más agradecidas deben estar á ARISTÓTELES. Su plan fué inmenso y luminoso, y él puso el impeccedero fundamento de la ciencia <sup>5</sup>.

«El es, dice IS. GEOFFROY ST. HILAIRE, en cada una de las ramas del saber, como un maestro acabado que cultivó una sola de ellas. Alcanza y ensancha los límites de todas las ciencias, y penetra hasta sus más hondas profundidades. <sup>6</sup> Mas tendríamos que llenar un libro si quisiéramos registrar todos los elogios con que se ha puesto sobre las nubes al antiguo griego en este siglo. Luego si hoy día, después de tan brillantes adelantos en todas las ramas de las ciencias naturales, el saber físico del Estagirita arranca semejantes exclamaciones panegíricas á sabios reputados, podemos muy bien disculpar á los pensadores de la Edad Media si la misma admiración los indujo á fiarse con demasiada confianza de la autoridad del profundo naturalista, á cuyo conocimiento nada parecía haberse substraído. Sólo la prevención hostil puede condenar este error de método como falta capital.

Esta admiración, algún tanto exagerada, á ARISTÓTELES, dió origen á otra falta, ó cuando menos la favoreció: hablamos de la facilidad con que se dispensaban los escolásticos de examinar los hechos naturales con independencia de la autoridad del griego. Llamamos falta esta negligencia, no porque encierre ningún error, sino porque fué la omisión de un trabajo de que la ciencia en su

<sup>4</sup> *Histoire des sciences naturelles*, 1841, t. 1, p. I, 132.

<sup>5</sup> *Histoire des sciences de l'organisation*, t. 1, p. 847, f. 212.

<sup>6</sup> *Histoire générale des règnes organiques*, 1854, t. 1, p. 18.



universalidad no puede prescindir. Pero ni este trabajo siquiera ha faltado por completo. Callando otros nombres, ALBERTO MAGNO espíritu gigantesco que cual otro Atlante soporta en sus hombros la filosofía de los tiempos medios, ha conquistado en toda la posteridad un puesto eminente en la historia de las ciencias naturales<sup>1</sup>. El examen propio no faltó en la Edad Media, según observa el Catedrático HETTINGER<sup>2</sup>, tanto como aún algunos católicos parecen creer. PESCHEL mismo<sup>3</sup> confiesa que entonces se observaba y comparaba con igual penetración que ahora, sólo que los medios de discernir la verdad del error, no se ejercían ó no podían ejecutarse. F. v. HELLWALD<sup>4</sup>, dice: "A pesar del admirable desarrollo de su filosofía, ni el espíritu romano ni el helénico habían logrado inventar un instrumento tan útil como el reloj de ruedas. Si es verdad que fué el abad de Benedictinos Guillermo de Hirschau quien construyó en el siglo xi el primer reloj de ruedas, esta es una prueba brillante del espíritu de la Edad Media. También LIEBIG<sup>5</sup> ensalza al siglo xv como siglo de inventos. Aunque varias centurias median entre uno y otro, considérese, según el catedrático citado añade, cuáles son los inventores del siglo xv: COPÉRNICO, BERTOLDO SCHWARZ, GUTENBERG (si queremos suprimir los nombres de JORGE PENABACH, JUAN REGIONTANO, BERNARDO WALTER y otros), y téngase presente que más difícil es empezar que continuar. Con todo, no es menos cierto que los sabios de la Edad Media en general no se cuidaban con toda la diligencia que era de desear, de sacar á luz los tesoros ocultos de la naturaleza con observaciones y experiencias propias. Bien se encuentre ahora la razón de este hecho en las condiciones particulares de la vida de la mayor parte de los sabios de la Edad Media, y mejor aún en la circunstancia de que aquella época pretendía otras cosas, de naturaleza mucho más importante, del saber; de todos modos deberá confesarse que aquella omisión no se fundaba en ningún desprecio sistemático de las ciencias naturales, puesto que se recurría á la cátedra de ARISTÓTELES por la estimación misma en que eran tenidas<sup>6</sup>. Ciertamente más provechoso hubiera sido, que los varones amantes de la verdad se hubiesen consagrado con todo el vigor de sus almas al exámen de la realidad que por los tiempos y espacios se extiende, contemplando la naturaleza en la hermosa plenitud de sus fenómenos, en vez de

<sup>1</sup> Cf. V. Hertling: *Albertus Magnus. Beiträge zu seiner Würdigung*, Köln, 1880.

<sup>2</sup> Lit. Rundschau (Revista literaria), 188a, núm. 8.

<sup>3</sup> *Geschichte der Erbkunde* (Historia de la tierra), 1865, p. 207.

<sup>4</sup> *Culturgeschichte*, (Historia de la Civilización), 1875, p. 579.

<sup>5</sup> *Angiburger Allgemeine Zeitung*, (Diario universal de Augsburgo), 1866, supl. 226.

<sup>6</sup> Léase P. Kleugon, *Philosophie der Vorzeit*, (Filosofía de la Antigüedad), 2.<sup>a</sup> edic., n. 641 sigs.

apropiarse con angustiosa diligencia los resultados de las defectuosas observaciones de los antiguos. Discutible es, empero, si desmenuzándose la fuerza de la inteligencia en el inevitable especialismo de las investigaciones naturales, el detrimento en el desarrollo cabal de la civilización cristiana, no hubiera sido incomparablemente mayor. Por aquellos tiempos se trataba en primera línea de adquirir consistencia y firmeza intrínsecas, del mismo modo que la acción universal del organismo vegetal se dirige á afirmar la raíz y consolidar las otras partes esenciales, ántes de dividir su trabajo para producir el lujoso adorno del follaje. Trábase primero de examinar los conocimientos naturales que pasaban entonces por definitivos, á la luz de la verdad cristiana, y demostrar que verdades de distintos órdenes son entre sí compatibles, y de erigir un edificio completo de la Teología cristiana; tarea que durante siglos enteros tenía ocupadas todas las fuerzas disponibles, y que tal vez se hubiera retardado de la manera más temible, si el interés de los obreros del espíritu se hubiese invertido aún en el estudio de fenómenos físicos, menudos y especiales. Difícil es, no lo negamos, formar ahora juicio sobre lo que la civilización cristiana hubiera venido á ser, si la Edad Media hubiera estudiado como ahora las ciencias físicas, en lugar de enterrarse en los libros. Pero sea de esto lo que se quiera, no merecen ningún cargo aquellos diligentes adeptos de la ciencia que por atender á las necesidades apremiantes de su época, no se cuidaron tanto como los hombres de la nuestra, de las que eran menos urgentes. Ellos no olvidaban de ningún modo que hasta para los más sublimes teoremas especulativos conviene que sean conocidos por la experiencia, ciertas verdades que estén en contacto con ellos, la cual veían, es verdad, en las observaciones que ARISTÓTELES les daba hechas. ¿Pecaron acaso en fiarse para este objeto de la autoridad ajena? Pues entonces cometieron una falta de que nosotros nos hacemos y debemos hacernos culpables si todos nuestros trabajos científicos, ahora distribuidos entre muchos, no han de verse paralizados.

El aristotelismo escolástico adolecía en tercer lugar de esta desventaja, que los defectos del saber natural del Estagirita se mantuviesen entre los sabios del modo más lastimoso. Aparte de que Aristóteles carecía de todos aquellos recursos para comprobar y acreditar los hechos observados, de que nuestra época con harta razón se enorgullece, no cabe duda que su observación fué en muchos casos muy superficial. Muy á menudo la sed de saber que le consumía; le indujo á basar una ley universal sobre unas cuantas noticias someras, y á aceptar sin más examen por bueno lo que de otros oía y en obras ajenas hallaba escrito.

Si muy precisas eran sus nociones sobre el valor de la inducción y de la ilación por analogía, muy poco exacto fué cuando hacía uso de estos modos de conclusión. La ciencia natural de Aristóteles fué en muchos puntos una ciencia conjetural. No pocas veces se apoyaba para explicar un fenómeno, en principios no bastante corroborados por la observación. De la suposición de que el círculo era la forma más perfecta, infería, por ejemplo, que el movimiento de los planetas debía ser circular; y en el supuesto de que el centro es el lugar más noble, afirmó que el corazón debía por su situación central ser el asiento de las funciones del alma. Conservados por una tradición que los acató durante siglos enteros, semejantes errores fueron echando raíces tenaces y hondas. Cuando más tarde, en los siglos últimos, el interés de los hombres ilustrados se volvió hacia los estudios físicos, fué inevitable que este anhelo por conocer la realidad palpitante tropezara muy á menudo con un aristotelismo empedernido, que por cierto contrastaba vivamente con los principios del método enseñado por Aristóteles y los escolásticos. Visto lo cual, se tiró el oro con la escoria; atacóse el sistema, en vez de combatir los abusos en él introducidos andando los tiempos; cuando lo que urgía era limpiar el artesonado techo de las mustias telarañas que lo afeaban, se derribó toda la venerable casa en que generaciones enteras de perspicaces pensadores se habían albergado.

#### §. IV

¿Es verdad que la antigua filosofía no poseyó ninguna teoría noética?

66. Con lo que llevamos expuesto, creemos haber sincerado á la filosofía antigua del cargo de que sus principios se hubieran opuesto á las ciencias experimentales. Otra acusación domina en el cargo de que la filosofía escolástica no haya emprendido una crítica sistemática de la facultad cognoscitiva, y de consiguiente, de que careciendo de cimiento seguro, haya errado en todas sus ulteriores conclusiones.

Nuestra época pide con razón una teoría sólida del conocimiento (teoría noética). Este es el campo predilecto de las disensiones de nuestros filósofos; y F. A. LANGE dice con acierto "que los más eminentes naturalistas que se arrojaron á pisar terreno filosófico, desde cualquier punto que fuera, han dado en las cuestiones noéticas,"<sup>1</sup>. ¿Fueron, pues, inútiles bajo este concepto los

<sup>1</sup> *Geschichte der Mathematik (Historia de las Matemáticas)*, tomo II, p. 148.

trabajos pasados? Afirmalo la opinión pública de los filósofos modernos, encimiando á KANT como el primer filósofo de todos los que tal nombre se dieron, por haber planteado el primero este problema fundamental de la filosofía, y el que, á creer á estos pagnegiristas, soltó las dificultades que encierra. Hasta sabios como KUNO FISCHER no han sabido substraerse á este error<sup>1</sup>.

Si bien la escuela peripatética no había llegado á establecer por separado un sistema completo de noética, tal como los gravísimos errores de la Edad moderna lo hicieron preciso, no dejó de ventilar ninguna cuestión importante sobre el origen y objeto de nuestros conceptos, sobre la certeza, sobre las verdades que son fundamento de nuestros conocimientos, y el método por el cual se obtienen. Contiene, pues, todos los elementos necesarios para una crítica completa de la facultad cognoscitiva, elementos que hubiera bastado solo desenvolver y perfeccionar.

En el terreno muy resbaladizo de la teoría noética, donde la mente ligada á los sentidos debe presentarse como objeto de meditación sus propias funciones intelectuales, la filosofía antigua no ha desmentido su principio: que siempre se debe partir de la observación de los hechos. Aunque reconoció como deber suyo explicar el conocimiento humano existente de hecho, no se atrevió á emprender la tarea insensata é injustificada de cambiar y menos aun falsificar nada en este hecho mismo. FR. HARMS<sup>2</sup> reconoce, respecto de la Metafísica aristotélica, "que procede por el principio de la antigua filosofía, que las aserciones relativas á lo existente dependen del exámen de la verdad del conocimiento." Luego prosigue el catedrático berlinés: "El conocimiento atestigua por sí mismo la existencia de su objeto. Ni PLATÓN ni ARISTÓTELES saben nada de la verdad de un conocimiento que no tenga objeto ni implique ninguna cosa existente. Este moderno galimatías era tan ignorado de ellos, que siempre concebían como íntimamente ligadas la lógica y la metafísica, la forma y el objeto del conocimiento..... PLATÓN y ARISTÓTELES se encontraban en el estado de una filosofía crítica que examina el conocimiento á la vez por su forma y su objeto; pero este examen partía en ambos de convicciones positivas, puesto que sostenía la posibilidad del conocimiento y de la ciencia, y estaba muy lejos de la desesperada filosofía moderna, que pretende fundar el conocimiento en la imposibilidad de conocer nada." Este concepto es en efecto esencial

<sup>1</sup> *Geschichte der neuern Philosophie (Historia de la Filosofía moderna)*, tomo III, lib. II, p. 20 y siguientes.

<sup>2</sup> *Geschichte der Logik (Historia de la Lógica)*, Berlín, 1851, p. 46.